

Reflexiónese un instante sobre lo que los hombres han querido y sobre lo que han hecho. Mahoma predica la unidad de Dios, sable en mano; los Árabes se derraman en Asia, en África y en Europa; desarróllase una brillante cultura. Los filósofos árabes inician á los teólogos católicos en el libre pensamiento. ¿Era esto lo que quería Mahoma? Los Árabes y los Turcos quedan durante siglos detenidos ante los muros de Constantinopla. ¿Quién los detuvo? Fuerza es que aguarden la hora en que el helenismo moribundo pueda legar su lengua y sus obras maestras á las razas germánicas. ¿Quién señala esa hora? ¿Acaso las hordas bárbaras del Oriente? Los letrados griegos, arrojados por los Turcos, son acogidos como bienhechores por los papas. Con efecto, son libertadores; pero lo que vienen á libertar es el espíritu humano, y el enemigo mortal del libre pensamiento es el papado. Así, los soberanos pontífices protegen á los llamados á destruir su soberanía. ¿La acción de Dios no es visible, palpable? ¿Y cuando se puede hasta tocar su mano, se cierran los ojos para no verla!

#### § V.—La Reforma (1).

##### N.º 1.—La Reforma y el cristianismo.

La Reforma es una revolución religiosa: así lo dicen todos los historiadores. No hay axioma más vulgar. ¿Era esto lo que querían los reformadores? Toda revolución implica un progreso en el desenvolvimiento de la humanidad, progreso violento, porque las pasiones humanas se oponen á la transformación regular y pacífica de las instituciones y de las creencias. Luego toda revolución es una innovación. ¿Acaso los reformadores querían innovar? Por el contrario, pretendían retroceder al pasado, al cristianismo primitivo. Como los ortodoxos, creían que el Evangelio era la verdad absoluta, la palabra de Dios, con la que los hombres debían alimentarse hasta el fin de los siglos. ¿En qué sentido entendían ellos el retroceso al cristianismo primitivo? ¿Era el cristianismo de Jesucristo el que se proponían restablecer? ¿Rechazaban la obra de los Padres de la Iglesia y de los concilios? Nada de esto; Lutero mantiene el cristianismo tradicio-

(1) Véanse los testimonios en las partes octava, novena y décima de los *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

nal, defendiéndose de la ambición de novedad como de un crimen, y combate á la Iglesia, pero no al catolicismo, confesando que procede del catolicismo, y que éste contiene toda la verdad cristiana.

Hé ahí lo que querían los reformadores; y ¿es eso lo que han realizado? Oigamos á los protestantes modernos. Lo que, según ellos, distingue fundamentalmente al catolicismo de la Reforma, es que el uno representa la inmovilidad y la otra el progreso, oponiendo esta barrera infranqueable á todas las tentativas de conciliación: "Imposible, dicen, unir en una misma confesión á los que permanecen inmóviles en el pasado y á los que marchan con paso resuelto hácia el porvenir." Es decir, que el protestantismo es un cristianismo progresivo. Indudablemente los reformadores habrían rechazado semejante idea como la peor de las herejías.

La habrían rechazado con espanto, y, sin embargo, esta idea brota natural, lógicamente de la Reforma, y por tanto, data de los reformadores. Abandonan éstos la Iglesia y reemplazan su autoridad por la de la Escritura. ¿Quién les garantizaba que esas hojas de papel que se llaman libros santos encierran la palabra de Dios? Calvino responde que la Escritura es divina por el hecho solo de su existencia. La inspiración que Calvino atribuye á Dios ¿no vendrá de los hombres? Y si es así, ¿no se convierte la razón en juez de la revelación? Mas la razón es por esencia progresiva. Una revelación interpretada por la razón progresiva es también progresiva. Quien dice revelación progresiva dice revelación imperfecta, aunque perfectible. Esto cambia la naturaleza de la revelación, y el cambio es radical. El cristianismo no es la verdad absoluta, revelada milagrosamente por Dios; es un anillo de la cadena infinita del progreso. Jesucristo no es el Hijo de Dios, es un profeta. El cristianismo tradicional está arruinado en sus fundamentos.

Hé ahí adónde conduce la Reforma. Los reformadores se defienden como de un crimen de pretender innovar lo más mínimo en el cristianismo histórico. Abrid los escritos de los protestantes modernos, franceses, ingleses, alemanes, todos inscriben el progreso en su bandera: ya no se trata de la última palabra de Dios. Bossuet decía: "Los artículos de fe se irán los unos tras de los

otros; una vez conmovidos los espíritus y abandonados á sí mismos, no encontrarán límites; así la indiferencia de las religiones será el término fatal á que conducirá la Reforma." La profecía se ha cumplido. ¿Preguntaremos ahora qué es lo que habría hecho Lutero si hubiese previsto las últimas consecuencias de la Reforma? ¿No hubiera retrocedido espantado al ver sus más caras creencias destruidas por sus propias manos? Ciertamente que ántes hubiera preferido permanecer en el seno de la Iglesia, á pesar de sus abusos, que abandonar al Cristo, al Hijo de Dios, y repudiar la Escritura, la palabra de Dios.

Esto merece reflexión. Bueno es que los hombres no sepan á veces lo que hacen; si lo supieran, en lugar de lanzarse atrevidamente en el camino del porvenir, se aferrarían al pasado, prefiriendo permanecer inmóviles á abandonar las creencias que constituyen su vida. Precisamente porque ignoran adónde van, marchan con valor y serenidad. ¿Quién no admira la inquebrantable firmeza de Lutero, apoyado en la palabra de Dios! Sin embargo, lo que como la palabra divina veneraba era una obra humana, y él mismo daba el primer paso fuera de la revelación escrita que á todo precio quería mantener, aún cuando contrariase sus instintos revolucionarios. Si la mano de Dios no media en este conflicto entre lo que los hombres quieren y lo que hacen, ¿cuál es el poder misterioso que nos oculta las últimas consecuencias de nuestras propias obras, y que por lo mismo nos excita á hacer lo que no quisiéramos, pero que contribuye, sin embargo, al progreso de la humanidad? Donde se nota una dirección tan visible, ¿no habrá una mano que dirija?

Si Dios dirige nuestro destino, si hacemos siempre lo contrario de lo que queremos hacer, ¿qué vale nuestra libertad? ¿No somos, no seremos siempre instrumentos en la mano de Dios? De antemano hemos contestado esta pregunta ó esta crítica del gobierno providencial. El hombre es libre, por más que Dios se sirva de sus errores para conducirle al fin que ha asignado al género humano. Por lo mismo que hace lo que él quiere y no lo que quiere Dios, da pruebas de su libertad. ¿Deduciría de aquí que tal conflicto entre el hombre y Dios será eterno? Hemos dicho que, á medida que el hombre avanza en el camino de su perfeccionamiento, á medida que se aproxima á Dios, su volun-

tad tiende á identificarse con la de Dios. ¿No es esto lo que hacen los reformadores? Ellos querían retroceder al cristianismo primitivo: la idea era justa, tanto que hoy en día los protestantes avanzados dicen que el trabajo de la humanidad consiste en realzar el cristianismo de Jesucristo. Los reformadores se engañaban al creer que el cristianismo de los Padres y de los concilios era el cristianismo primitivo, y quizás los protestantes modernos se engañen también considerando el cristianismo de Jesucristo como un ideal eterno. Lo que hay de verdad en este movimiento es que lo mismo los reformadores que los protestantes liberales no quieren un cristianismo exterior, inmutable, sino una religión interior, y buscan esta religión en algunas palabras de Jesucristo. Si Lutero pudiese revivir, se pondría en la primera fila de los protestantes avanzados; prueba de que hizo lo que quería hacer. Sólo que en el momento en que obraba se habría asustado de su obra. Tal es el efecto de nuestra debilidad; pero se irá cambiando en fuerza, á medida que avancemos en nuestro desenvolvimiento intelectual y moral.

#### N.º 2.—La Reforma y la libertad religiosa.

##### I.

¿Querían los reformadores la libertad religiosa? Todavía en el siglo XVII escribía Bossuet: "Los protestantes están de acuerdo con nosotros respecto á que los príncipes cristianos tienen perfecto derecho en valerse del poder de la espada contra sus vasallos enemigos de la Iglesia y de la vana doctrina." Había en Lutero un instinto poderoso de libertad, que fué ahogado por la influencia del cristianismo tradicional. El monje sajón tiene acentos de intolerancia dignos de Roma. Hablando de los Judíos, dice que están condenados como verdugos del Hijo de Dios, añadiendo que los deicidas no respiran más que la sangre de los discípulos del Cristo. La Iglesia toleraba á los Judíos como se toleran los esclavos. Lutero es más intolerante que Roma; quiere que se demuelan las sinagogas, porque en ellas se blasfema contra el Cristo; quiere que se prohíba á los rabinos enseñar su creencia; quiere que se obligue á los Judíos á cultivar la tierra para los cristianos, y que se les expulse si resisten! Lutero profesa el mismo odio á cuantos

están fuera del cristianismo: "Por más que adoren un solo Dios, dice, están condenados, porque no conocen al Cristo." ¿No era esto condenar las sectas cristianas que se apartaban de lo que él, Lutero, consideraba como la verdad? Contra los sectarios empleó el sofisma de que tan cruelmente ha abusado la Iglesia; al paso que decía que no se les debiera castigar como heréticos, quería que se les castigase como enemigos del orden público: "Las sectas ¿no son una inspiración del diablo? Y el diablo ¿no es por esencia homicida? Luego todos los sectarios comprometen la paz pública."

Calvino no emplea tanta circunspección ni tantos rodeos; y se manifiesta francamente intolerante, como San Agustín, salvo que no posee la caridad del Padre de la Iglesia: "Cuando noto que alguno, dice, tergiversa por mala conciencia la palabra del Señor y apaga la luz de verdad, no le perdonaría aunque fuese cien veces mi padre." Hablando de un unitario escribe: "Sabido que qué clase de hombre era, á estar en mi mano, le hubiese querido ver podrido en una fosa. Y os aseguro que si de allí escapara, en cumplimiento de un deber, y contando con los medios necesarios, le hubiese condenado á ser pasado por el fuego." El reformador puso en práctica esta horrible doctrina. Lo que más horroriza en el asesinato de Servet no es la crueldad de Calvino, sino la aprobación de todos sus sectarios; hasta el dulce Melanchthon aplaudió la sangre vertida. La intolerancia fué ensalzada como doctrina en la Iglesia reformada. ¿Preguntaremos todavía si querían los reformadores la libertad religiosa?

Con todo, hoy se dice, y como un axioma histórico está considerado, que la Reforma ha dado la tolerancia al mundo cristiano. Rousseau afirma que la religión protestante es tolerante por principio, tan tolerante como es posible serlo, puesto que el único dogma que no tolera es el de la intolerancia. Así la tolerancia es de esencia de la Reforma, mientras que la intolerancia es el signo y la mancha de la Iglesia católica. Esto es repetir que los reformadores hicieron lo que no querían hacer, y, sin embargo, es verdad también que los gérmenes de libertad religiosa existen en la revolución del siglo XVI. Hay otros reformadores á más de Lutero y Calvino. Zuinglio abre el cielo cristiano á los héroes de la antigüedad pagana, con gran escándalo del monje sajón. Desde los primeros años de

la Reforma, Baltasar Hubmaier sostiene que los perseguidores eran los verdaderos culpables: "Quemar á los heréticos, dice, es renegar á Jesucristo, porque el Hijo de Dios no ha venido para destruir á los que están en el error, sino para salvarles." "El verdadero Hijo de Dios, dice Mutianus Rufus, es la sabiduría divina. Esta sabiduría no ha sido revelada solamente á los Judíos, en un pequeño rincón de la Siria; ha sido también revelada á los Griegos, á los Latinos y á los Germanos, por más que tuviesen diversos cultos. Quien es honrado es religioso, piadoso y de un corazón puro; lo restante no es más que fraude."

Esta semilla germinó, y el buen grano venció á la cizaña católica que los reformadores ortodoxos habían conservado por respeto á la tradición. En el siglo XVII, la tolerancia fué uno de los agravios de Bossuet contra la Reforma. Con particular empeño hace notar que la libertad es de esencia del protestantismo, por cuanto rechaza toda profesión de fe obligatoria para los fieles, y no admite otra ley que la Escritura, cuya interpretación abandona á la razón individual; de consiguiente, no caben ya las herejías. Bossuet demuestra además que la Reforma lleva, no solamente á la tolerancia civil, sino también á la tolerancia religiosa, es decir, á la máxima que puede salvarse en todas las religiones; ¿para qué entonces el Cristo? Hé aquí el protestantismo tolerante é intolerante al mismo tiempo, y otra manifestación de que los hombres han hecho lo que no querían hacer. ¿Quién lo ha hecho á pesar suyo y por ellos? ¿No será Dios? Los hombres también tienen su parte en este inmenso progreso, porque, bajo cierto sentido, querían la libertad, y si les fuese dable revivir, la querrían entera, absoluta.

Con todo, dudamos que la fuerza de los principios de la Reforma hubiera bastado para establecer la tolerancia, principios que no fueron aceptados por los dos partidos que desgarraban la cristiandad sino después de luchas sangrientas, furiosas. Con más exactitud se dirá, no que los católicos aceptaron la libertad, sino que sufrieron su imposición. La Iglesia, sobre todo, á ningún precio la quería, empeñada como estaba en destruir y extirpar el protestantismo, como había destruido y extirpado las sectas de la Edad Media. Tal fué su primer pensamiento en presencia de la Reforma naciente, sin que después haya variado respecto al

particular. Una dieta solemne es convocada en Worms; preséntase en ella el legado del papa, y ¿qué propone? "No hay más que un medio, dice, de reprimir la rebelión de Lutero, la fuerza." ¿Para qué entonces la dieta? ¿No había la Iglesia hablado por boca de su jefe, el vicario de Dios? Y en tal caso, ¿qué tenían que hacer los príncipes sino ejecutar la sentencia del papa? La Iglesia sostuvo la misma predicación en donde quiera que disponía del poder suficiente para ejecutar sus designios. Felipe II contiene el poder de las nuevas ideas, en España por medio de la Inquisición, en Bélgica por medio del verdugo. En Francia, las guerras civiles y las matanzas ahogan en sangre la Reforma. En Italia, los papas y los príncipes, obedeciéndole, practican la máxima favorita de un vicario de Dios: *al fuego los heréticos*. En Alemania, el protestantismo fué literalmente extirpado á hierro y fuego, en las posesiones de la casa de Austria. Si la reacción católica hubiese triunfado en la espantosa guerra de treinta años, no hubiera quedado un solo protestante, y la tolerancia hubiese pasado por un crimen, como la considera todavía la Iglesia.

Hé ahí lo que los hombres han querido hacer, y se ha visto que, lejos de eso, hicieron todo lo contrario. La Iglesia fué la que encendió la guerra de treinta años para exterminar al protestantismo. El resultado de esta lucha gigantesca probó que las confesiones rivales eran impotentes para destruirse entre sí: obligadas á vivir juntas, era preciso que mutuamente se tolerasen. La impotencia del catolicismo y del protestantismo condujo á la tolerancia y á la libertad. Hé aquí lo que la Iglesia ha hecho. Había emprendido una lucha suprema para extirpar la herejía, y la lucha acabó por la abdicación de la Iglesia. ¿Dirémos por ello que debemos al protestantismo la libertad religiosa? No, porque el protestantismo no triunfó, como no triunfó el catolicismo. La paz de Westfalia fué una transacción, y quien dice transacción dice que ninguno de ambos partidos triunfa, que ninguno debe hacer sacrificios. Con efecto, si la Iglesia, á partir de la paz de Westfalia, perdió su influencia, también la Reforma quedó estacionaria, y no hace conquistas á contar de algunos siglos. En definitiva, vanamente buscaremos entre los hombres un partido al que se pueda atribuir el beneficio de la libertad religiosa. ¿No tendremos, por tanto, que confesar que corresponde á Dios toda la gloria?

Cuando se considera lo que los hombres han querido hacer y lo que han hecho, se descubre con toda evidencia la mano de Dios. ¿Quién ha salvado la Reforma naciente, y, por lo tanto, el principio de libertad? Los historiadores responden: la rivalidad entre Francisco I y Carlos V, y aducen en su favor los testimonios de los contemporáneos. Carlos V no cesó de reprochar á Francisco I "que impedía con todas sus fuerzas el remedio de la fe." Mauricio de Sajonia, al levantar el estandarte de la Reforma, se dirigió al hijo de Francisco I, y un rey de Francia se declaró defensor de la liga germánica. "¿Quién ignora, dice Schonberg, que la corona de Francia fué quien mantuvo á los protestantes contra los católicos?" ¿Y era esto lo que los reyes cristianísimos querían? Nada más mezquino y pueril, por decirlo así, que la política de Francisco I. Quería el ducado de Milan; y si Carlos V se lo hubiese dado, le habría ayudado con todas sus fuerzas, "para hacerle monarca y el mayor príncipe que se conociera en la cristiandad," y se hubiese puesto á disposición del emperador para restablecer la unidad de la Iglesia, y tomado las armas para obligar á Enrique VIII á obedecer la sentencia del papa.

Hemos citado las propias palabras de Francisco I. ¿Diráse todavía que fué éste quien salvó el protestantismo, y, por consiguiente, la libertad religiosa? Este pretendido salvador de la Reforma entregó á la hoguera, en su reino, á los sectarios reformados; y, sin embargo, es cierto, como dijo un embajador de Venecia, que la rivalidad de la Francia impidió á Carlos V reducir á los protestantes por las armas, y cierto también que la Francia inauguró la libertad religiosa. El edicto de Nántes aseguró á los hugonotes la libertad de conciencia en un período en que la tiranía religiosa reinaba en Alemania, lo mismo por parte de los católicos que de los protestantes; fué preciso que la sangre corriese á torrentes durante treinta años para dar á los protestantes derechos de que ya gozaban los hugonotes desde fines del siglo XVI. ¿Cabe á la Francia ó al catolicismo la gloria, como por algunos se ha pretendido, de haber tomado la iniciativa de la libertad religiosa? Basta el hecho que acabamos de recordar para reducir al silencio á tales apologías. No, los reyes que quemaban á los heréticos en París no son los defensores de la libertad. Si ésta triunfa en Francia, es después de

las guerras de religion y gracias á un príncipe hugonote, Enrique IV. Si los reyes impidieron la destruccion del protestantismo en Alemania, débese á que los príncipes protestantes debilitaban al emperador. De esa manera tambien los Turcos salvaron la Reforma, ni más ni ménos que Francisco I. El hecho es incontestable y digno de que le consideremos con algun detenimiento, para poner en completa evidencia la intervencion de la mano de Dios en el gobierno de las cosas humanas.

Los Turcos desempeñan un gran papel en el desarrollo de la civilizacion europea. En el siglo XVI amenazan el Occidente, y se teme que lleguen á establecer una monarquía universal. Tal era, con efecto, su ambicion, y jamas se vió unidad más fuerte ni mejor dispuesta para conquistar. En la Edad Media se decia: un Dios, un papa y un emperador. Los Turcos simplificaron la unidad: un Dios y un califa. Estos pretendientes al imperio del mundo tienen en jaque al emperador de Alemania, que á su vez pretende ser dueño de la tierra. Lo cierto es que los Turcos salvan la independencia de la cristiandad, comprometida por el que se dice su jefe temporal.

Hay en esto algo de milagro. Pero aún es poco. Cuando Mauricio de Sajonia realzó la causa del protestantismo apoyándose en la Francia, Soliman escribió una carta á los príncipes protestantes, en la que se declaraba su amigo y les excitaba á sacudir la tiranía de Carlos de España. La coalicion de los protestantes con Enrique II, apoyada por el temible Soliman, obligó al emperador á ceder. De aquí proviene la paz de Augsburgo, primer acto que aseguró cierta tolerancia á los reformados, firmada por Fernando de Austria, por temor al Turco, segun escribió á su hermano. Luego el sucesor de Mahoma es quien consolida la Reforma y quien procura á los protestantes la libertad de conciencia. Lo que colma el prodigio de este maravilloso concurso es que los reformadores profesaban un santo horror á los infieles, á tal punto, que los arrastró á una guerra impolítica contra Francisco, su único apoyo, por la sola razon de que era aliado de los Turcos. No cabe decir que el interes unió á Turcos y protestantes. ¿Quién entónces los unió? ¿Quién, desde el principio de la Reforma, procuró á los protestantes ese protector tan inesperado? Léjos estaban los Turcos ni de soñar en la libertad religiosa, y la comprendían ménos que los protestan-

tes y los católicos; sin embargo, su alianza dió á los protestantes la libertad. De nuevo preguntamos: ¿á quién se debe el beneficio? Á Dios; nosotros, por lo ménos, no encontramos otra respuesta.

¡Los Turcos salvadores del protestantismo y campeones de la libertad religiosa! Creeríase una paradoja, si no tuviésemos los testimonios auténticos de los contemporáneos. Veamos algo más paradójico en apariencia y no ménos exacto en el fondo, y es que, entre los salvadores de la Reforma, se cuentan los papas, y quien dice salvar la Reforma dice salvar el gérmen, mejor dicho, la posibilidad de la libertad religiosa. Si los papas hubieran triunfado, hasta la palabra libertad hubiese desaparecido del lenguaje de los hombres. Pues bien, al papado cabe una gran parte, acaso la principal, en el establecimiento y en la consolidacion del protestantismo. ¿Cuáles fueron los apoyos, los salvadores de Lutero en la cuna de la Reforma? Los príncipes; y ¿quiénes eran estos príncipes? ¿De dónde venian? ¿Quién les había dado la semi-soberanía que gozaban? Eran vasallos que habían usurpado su potestad aprovechándose de la debilidad del imperio, y era éste débil, por ser electivo. Los emperadores ensayaron más de una vez hacerle hereditario; si lo hubiesen logrado, el siglo XVI hubiera visto un soberano omnipotente, reuniendo en sus manos las coronas de Alemania y de Italia, quizas tambien la de Francia, para ser el brazo armado del papa, y no hubiera surgido un príncipe de Sajonia ni un landgrave de Hesse para librar á Lutero de la venganza pontificia. La Reforma hubiera perecido al nacer. ¿Quién la salvó? El papa: el papado, debilitando el imperio y haciendo prevalecer el principio de eleccion; el papado, paralizando los proyectos de monarquía de los emperadores y aumentando la autoridad de los príncipes. ¡Bendita autoridad que salvó la Reforma! Pero ¿cumple dar tambien gracias á los papas por el beneficio realizado? ¿Podía soñar Gregorio VII que favorecía la herejía sosteniendo á los príncipes contra el emperador? ¿Podía prever Inocencio III que defendía la libertad germánica, es decir, á los príncipes contra el emperador, y que un día estos mismos príncipes arruinarían el poder del papado, estableciendo el cisma, y con él la libertad religiosa, en el santo imperio? Tal cuestion no puede seriamente plantearse. Si no son los papas, si no es la libertad humana, ¿no será una potestad que se

vale de la ambicion de los hombres y de su egoismo para conseguir sus fines? ¿No será Dios y su Providencia?

Al decir que los papas, que los Turcos, que los reyes de Francia hicieron lo que no querian hacer, ¿destruiremos por ello su libertad? ¿Diremos que han debido obrar como han obrado? Si Dios quisiera constreñir la libertad humana, la constreñiría con sujecion á sus designios, y los hombres ejecutarían siempre lo que Dios quiere. Mas entónces no habría libertad ni humanidad; no habría más que un solo sér en el mundo. Otro es el espectáculo que ofrece la historia. Los hombres obran evidentemente en oposicion á la ley, providencial ó no, que preside su destino. Luego Dios les deja la libertad, y el gobierno providencial coexiste con la libertad humana. Hé aquí dos hechos igualmente ciertos; ¿qué importa que la vía por donde concurren sea para nosotros un misterio? ¿No es Dios otro misterio para la imperfeccion humana? ¿Le negaremos porque no le comprendamos? ¿Por qué entónces negar el gobierno providencial, que se refleja en la historia con la misma evidencia que Dios en la naturaleza?

## II.

El protestantismo, segun los historiadores, ha inaugurado la libertad religiosa. La libertad religiosa es la manifestacion de la libertad de pensar. Luego los reformadores serán los precursores de la filosofía. Así lo dicen amigos y enemigos de la Reforma; los unos en gloria suya, los otros en vituperio. ¿No es esto confundir lo que Dios ha hecho con lo que los hombres han querido hacer? No hay duda que Lutero hubiera retrocedido asustado, si se le hubiese dicho que preparaba el camino á Voltaire, añadiendo que se le calumniaba; pero tampoco la hay en que media un lazo íntimo entre la Reforma y el movimiento del libre pensamiento que se inaugura en el siglo XVII, y que recobra nuevas fuerzas cada día. Aquí se manifiesta otra contradiccion, que no es dable resolver sino por Dios y su Providencia.

¡Lutero, precursor de Voltaire ó de una filosofía que tremola el estandarte del libre pensamiento! ¡Singular cómplice que hace sus primeras armas contra la misma filosofía de que se le supone aliado! El monje sajón, ántes de atacar al papado,

ataca la escolástica. ¿Por qué? Porque la escolástica se había hecho racionalista, como debe serlo toda filosofía. Lutero permaneció siempre adversario de Aristóteles, que dominaba en la escuela, porque el filósofo griego era el hombre de la naturaleza y de la razon, y porque desconocía la gracia. Nadie ha hablado nunca con más desden de la razon que el reformador alemán, quien confiesa que toda la religion no pasa á los ojos de la razon de locura. ¿Deducirás de aquí que no se deben creer los misterios cristianos por ser absurdos? Lutero rebaja la razon y la menosprecia, y la condena: "Es la prostituta del diablo, no hace más que blasfemar contra Dios; no comprende á Dios, y es preciso matarla."

¡Matar la razon! ¿Qué locura! Mayor locura es, sin embargo, todavía condenar á ese enemigo de la razon como un racionalista ó como un precursor del racionalismo. Por su parte, los filósofos ¿son favorables á la Reforma? Diríase á primera vista que deben serlo, porque la revolucion del siglo XVI destruyó el poder de la Iglesia, enemigo mortal de la filosofía. Sin embargo, se ha observado que Voltaire emplea un tono amargo al hablar del catolicismo y despreciativo al hablar de la Reforma. Tenía razon Voltaire, bajo su punto de vista. El protestantismo fué un despertador del sentimiento cristiano; léjos de hacer las paces con la razon, la reprobaba con violencia; encareció el sentimiento tradicional en los dogmas más contrarios al buen sentido, y combatió el espíritu de incredulidad que había invadido á las altas clases, y hasta la corte de Roma. La Reforma era tan enemiga de los filósofos incrédulos como de la Iglesia.

¿Quiere esto decir que no existe ningun lazo entre la Reforma y la filosofía? El lazo es evidente, sólo que no hay que buscarle en los hombres, sino en Dios. Voltaire no sospechaba, al declarar una guerra á muerte al cristianismo tradicional, que tenía por precursores á Lutero y á Calvino. Mas, seguramente, si la Iglesia hubiese contado todavía con todo su poder, los filósofos no hubieran podido atacar el catolicismo, como lo atacaron; y si á ello se hubieran atrevido, la Inquisicion y la hoguera se habrían encargado de reprimir su tendencia. ¿Quién abatió al coloso? No fué la filosofía, ni para tanto tenía fuerzas, porque sólo influye sobre reducido número de individualidades, y no son éstas las que hacen las revoluciones. Con-